

La voz fiera

Todas las que fuimos

JUANITA HINCAPIÉ

Zaíno, Bogotá, 2023, 121 pp.

UN NIÑO desorientado entra al Teatro Manizales. Su papá estaba haciendo diligencias y se le ocurrió dejarlo ahí un rato, quieto; qué podría pasar. De la pantalla salen chorros de luz en medio de esa sala apagada, el niño acaba de conocer el cine: cómo se ve el cine, cómo huele el cine, cómo suena, cómo retumba en el estómago. Una caja fascinante para los sentidos y él ahí, solo, dueño de todo eso.

Durante varias noches tiene pesadillas y hasta moja la cama. Conoció el cine al mismo tiempo que a los vampiros: gente que chupa la sangre de otra gente, seres blanquísimos y aterradores con los que ahora tiene que lidiar en su imaginación.

Así empieza la segunda parte del primer cuento de *Todas las que fuimos*, titulado “Todo arde”. El niño habla con sus amigos sobre la película y ellos escuchan con una atención nueva: el relato de lo que el otro vio. El niño además hace maromas y torsiones con su voz para mantenerlos ahí, suspendidos en las escenas sangrientas de una película que, solo ahora, descubre que él también está escribiendo.

El grupo de amigos queda con ganas de ver más películas así: contadas por él. Suman la poca plata que tienen y le empiezan a comprar boletas para que vaya al cine y les cuente lo que vio: un bucle de historias que crujen y se quiebran, y que encuentran su lugar en una fogata de niños. Qué podría pasar.

Todas las que fuimos es el primer libro de Juanita Hincapié, y reúne diez cuentos que juegan con la idea de la animalidad felina, la carne, las heridas y la naturaleza. Cada uno atraviesa una incomodidad particular: las maneras destructivas o creadoras del fuego, el miedo y la enfermedad, la vida que pasa por el cuerpo y lo cambia, la pérdida, la incertidumbre, el desconocimiento absoluto e igual fascinación por los animales que nos rodean.

Aunque el tono de la autora es coloquial y recurre a las formas cotidianas de la narración, todo parece suceder en una esfera ajena: apartamentos o lugares enmarcados en una ciudad flotante, una capa espesa que tiñe todo de irrealidad, personajes con los dichos, ansiedades y desparpajo de siempre, pero sobre ellos un borrón fantasmal.

Mi mamá me dice que vayamos al Carulla a comprar lo que falta y qué pereza. Quitarme esta sudadera y volverme a poner el yin que aprieta. Encontrarme con gente que me da más pereza todavía, porque en este pueblo obvio me voy a encontrar con alguien, y ese alguien mirando y mirando y preguntando ahora qué vas a hacer. (p. 88)

El conjunto del libro pone la mirada sobre la experiencia femenina, casi todas las historias suceden en cuerpos, animales o fuerzas naturales que tienen una carga femenina: la pregunta por el paso del tiempo en el cuerpo de una mujer, las tetas de donde sale leche que alimenta, el parto, las despedidas y la madurez como un ligero hilo que sostiene las historias trenzadas de formas urbanas y suburbanas, y que no dan ninguna certeza; solo la amargura del animal que ataca sin piedad, o la felicidad intocable de mantener a alguien a salvo.

El libro consigue atmósferas tensas entre los personajes y sus ideas, la lectura es poco contemplativa de los hechos y mucho más de lo que rodea a los personajes, que están muy bien logrados en su contradicción. Aunque en algunos finales deja la vaga sensación de que la historia sigue en otro lado y no es del todo contundente, varias de las ideas vuelven de nuevo y se leen como una trenza discursiva a lo largo de la narración. “Carne” es el tercer cuento y empieza con una visita tranquila de una joven vegetariana a la casa de su tía, y entre tanto, a modo de bienvenida, le sirven un capuchino.

¿Qué me le opinas? Delicioso ¿no? Para que estés más tranquila, te cuento que yo compro leche de casas rurales en donde reciben a las madres pobres y las cuidan y les dan comida. [...] Cuando iba en el taxi luego de salir del aeropuerto, me topé con una valla que se alzaba a un lado de la avenida principal. Tal vez publicitaba una de esas casas. Se

llamaba Gotitas de Vida. Una mujer de cara dulce y tranquila, que se veía bastante feliz, sostenía un vaso de leche. Su cuerpo descansaba sobre una roca, a la orilla de un río. De fondo un bosque; en el primer plano un eslogan: “Los sabores que nacen del amor”. Me mandé los últimos tragos. Ese beber que era más que nada chupar, beber chupando. Debajo de la lengua, nervios en punta. Intenté recordar a qué sabía la leche de mi mamá. Uno debería ser capaz de acordarse de esas cosas. (p. 44)

Es una historia que, en apenas seis páginas, plantea una distopía que se burla de las ideas coloridas y amigables con las que se suelen pintar las dinámicas de consumo animal, juega con ellas. Sin necesitar mucho, el cuento adquiere una intensidad que lleva la idea al absurdo para lograr ver algo ahí: cuánto de cinismo hay en esa relación, cuánto de humano.

Todas las que fuimos parece explorar las etapas de una mujer a través de personajes humanos y animales: la burla de las otras niñas en la infancia, el asombro, el amor que nace y muere fácilmente, la enfermedad, la duda. Hay en todas las historias algo de monstruosidad que se apacigua con la ternura fiera a la que vuelven los personajes una y otra vez, la idea de una inocencia que lo teje todo y nunca logramos conocer completamente.

A la vez, desde un piso natural más firme, si se quiere volcánico, el libro abre y cierra con relatos más abstractos en los que se acerca al ensayo: la lava y la ceniza son cosas vivientes que, como todos los personajes, se mueven, mutan.

“Fénix”, el último cuento, es el viaje a una montaña, emprendido por una mujer y un par de personas más, para ver un cráter: rocas y quiebras en el camino, tras los cuales terminan en un punto altísimo.

Rosario se prende de los paisajes geológicos, aletea en su mente como la vieja-cóndor. Piensa que es bienvenida en las alturas. Omite el clima, planea sobre las formaciones rocosas. Se esconde en las grietas. Sobreviene la planicie y ella se pierde en el blanco: blanco nieve, nubes, niebla; blanco diente, sólido, hueso. Sabe que llegó al cráter del volcán Puracé.

<i>CUENTO</i>		RESEÑAS
<p>Alrededor, el vacío. Se acuesta y extiende las alas. Cumple su deseo de dibujar un hada que a lo mejor es un pajarraco negro. (p. 121)</p> <p>Sara Zuluaga García</p>		